

¿Eres saludable porque te lo mereces, y malsano porque no lo mereces?

Michael Marmot

“Los hombres en algún momento son maestros de sus destinos; / la culpa, querido Brutus, no está en nuestras estrellas, / sino en nosotros mismos, que somos subordinados” Sólo nos tenemos a nosotros mismos para culparnos de ser "hombres mezquinos", explica Casio a Bruto en Julio César de William Shakespeare. Por el contrario, Julio César tiene a alguien recordándole que es mortal. Su arrogancia viene a expensas de la humillación de los demás.

La arrogancia de los exitosos, y la humillación de los menos favorecidos, son parcialmente auto juicios; pero ellos también se ven reforzados por las actitudes sociales, como el lenguaje del pobre indigno que es utilizado por algunos políticos.

Durante la década de 2010 en el Reino Unido, los ministros de gobierno caracterizaron a los pobres como irresponsables, vagos y merecedores de su suerte, en contraste con las llamadas familias de trabajadores – una división maniquea entre “los que se escabullen” y “los luchadores”. Esta división caracterizó las opiniones de algunos políticos sobre las desigualdades en salud: los pobres tenían solo ellos mismos la culpa de sus dietas deficientes, del tabaquismo y la pereza. Descartando la pobreza como explicación para los comportamientos no saludables de los pobres, una procesión de comentaristas privilegiados explicaron que ellos podrían cocinar perfectamente bien con presupuestos tan restringidos. Era solo la ignorancia y la falta de responsabilidad las que llevaban a los pobres a repartir mal la comida para sus familias. Ellos no tenían que culpar a nadie más que a ellos mismos. No era necesario especificar que los ricos merecían su buena salud; ellos eran los responsables.

Esta actitud es reveladora, así, como también lo son los datos. Las cifras de la *Food Foundation*, que nosotros citamos en *The Marmot Review 10 Years On*, muestran que los hogares en Inglaterra en el 10% inferior de los ingresos del hogar tendrían que gastar 74% de sus ingresos para seguir consejos de alimentación saludable. Es la pobreza la que tiene la culpa de su mala salud, no los pobres mismos.

Esta demonización de los pobres, no única en el Reino Unido, tiene mucho que ver con la meritocracia. Karl Marx escribió que la historia aparece dos veces: la primera vez como tragedia, la segunda vez como farsa. En el caso de la meritocracia, se inició como farsa y ha vuelto como tragedia.

El libro de Michael Young de 1958 *The Rise of the Meritocracy* fue una sátira crítica de la meritocracia. En el Reino Unido, la meritocracia retornó como política del gobierno con el Nuevo Laborismo; el primer ministro Tony Blair se basó en los valores meritocráticos que Margaret Thatcher había encarnado.

Esta idea es parte de una convincente crítica de la meritocracia en el libro *The Tyranny of Merit: What's Become of The Common Good?* del filósofo en Harvard Michael Sandel. La prosa fluyente de Sandel muestra por qué es festejado por la accesibilidad y popularidad, tanto de sus libros como de sus conferencias. En su superficie, la meritocracia resulta atractiva si el mérito gratificante reemplaza el privilegio hereditario como base de la estratificación social. Ciertamente, según Sandel, existe un caso en que la meritocracia contribuye a la justicia social por dos razones. Primero,

la meritocracia expresa cierta idea de libertad; nuestras oportunidades no deben ser arregladas por las circunstancias de nuestro nacimiento. En segundo lugar, "señala la esperanza de que lo que logramos refleja lo que merecemos".

Sin embargo, hay una desventaja. "Si nacieras en la capa superior de una aristocracia, serías consciente de que tu privilegio reside en tu buena suerte, no en lo que tú mismo haces... Mientras que si ascendiste, a través de esfuerzo y talento, a la cúspide de una meritocracia, podrías enorgullecerte con el hecho de que tu éxito fue ganado", escribe Sandel. "Por razones similares, ser pobre en una meritocracia es desmoralizante... Si te encontraras en el último peldaño de una sociedad meritocrática, será difícil resistirse al pensamiento de que tu desventaja fue al menos en parte obra tuya, un reflejo de tu fracaso... Una sociedad que permite a la gente crecer y que celebra levantarse, pronuncia un veredicto severo para aquellos que no lo hacen". De este modo, como destaca Sandel, la meritocracia trae consigo los males gemelos de la arrogancia y la humillación.

En mi libro, *The Health Gap*, he argumentado que la agencia, que permite a las personas tener control sobre sus vidas, es buena para la salud. En la Comisión de la OMS sobre Determinantes Sociales de la Salud, pusimos el empoderamiento en el centro. Ese enfoque parece arrojar la opinión de que el otro lado de la agencia es la auto-culpa. Leyendo a Sandel, no es la agencia en la que está la culpa, es la retórica de la meritocracia. El problema es darle a la gente la impresión de que tienen agencia, cuando las condiciones sociales a las que están sujetos dan a entender que ellos no la tienen. Las políticas de la humillación son diferentes de las políticas de la injusticia. Las primeras invitan a aquellos menos exitosos en la sociedad a mirar hacia adentro y se culpan a sí mismos. Las segundas, las políticas de la injusticia, reconocen las condiciones que hacen que la percepción de agencia sea una ilusión - no deberías culparte si no puedes permitirte comer saludablemente.

Para Sandel, la arrogancia de aquellos que han tenido éxito, y la humillación de aquellos que no lo tuvieron, explica mucho sobre la política, particularmente la resonancia del ataque a las élites. La humillación de los que dejó atrás una globalización neoliberal puede tener mucho que ver con votar por Donald Trump en los Estados Unidos y el Brexit en el Reino Unido. Fundamental para la ideología de la meritocracia es la igualdad de oportunidades. La igualdad de oportunidades implica una creencia en la movilidad social, una retórica del ascenso - consigues una buena educación y trabajas duro, y tú también puedes subir a la cima. Sobre la base de Sandel, hay al menos tres problemas básicos con el argumento meritocrático.

Primero, la igualdad de oportunidades es un espejismo. En los Estados Unidos durante gran parte del Siglo XX, era habitual que la gente ganara más que sus padres. El economista Raj Chetty, de Harvard, demostró que para la cohorte de nacimiento nacida en 1940, más del 90% de los niños ganaban más que sus padres. Este porcentaje disminuyó constantemente con las sucesivas cohortes de nacimiento; sólo la mitad de la gente nacida en 1984 ganó más que sus padres. Debido al crecimiento de la meritocracia, y las crecientes recompensas que van con el éxito, los padres ejercen todo tipo de presión para conseguir que su descendencia ingrese en universidades de élite.

Las universidades de la Ivy League¹ ahora seleccionan más por mérito que por privilegio aristocrático, pero, en la práctica, abrumadoramente aceptan hijos de ricos. Con excepciones

¹ Un grupo de colegios y universidades de larga trayectoria en el este de los Estados Unidos que tienen un alto prestigio académico y social. Incluye Harvard, Yale, Princeton, Columbia, Dartmouth, Cornell, Brown y la Universidad de Pensilvania.

destacadas, estas instituciones no son motores de movilidad social. La perpetuación de la clase ahora puede estar menos basada en privilegio aristocráticos y más sobre el éxito de la generación anterior.

La retórica del ascenso exhorta a las personas para obtener una educación mejor que la de ellas mismas. La gente sin mayor educación se ve, entonces, de forma negativa. Sin embargo, el valor de la educación no debe ser visto simplemente como una ruta para ganar mérito. La evidencia fuerte es la de que la educación es buena para la salud, en parte porque hace que sea más probable que las personas pueden llevar una vida digna y significativa para ellas mismas.

En segundo lugar, incluso si hubiera igualdad de oportunidades, el mismo concepto de meritocracia resulta defectuoso. ¿En qué sentido los exitosos "merecen" sus recompensas? La élite privilegiada justifica sus altos ingresos y, si pueden salirse con la suya, justifica sus bajos impuestos, como recompensa por su capacidad y trabajo duro. Pero la habilidad y la capacidad para el trabajo duro viene de una combinación de genes y medio ambiente; y el medio ambiente y la sociedad proporcionan las condiciones en las que los talentos pueden florecer. El mérito individual no entra en ella. Las fortunas económicas durante la pandemia de COVID-19 son una cruda ilustración. Dos organizaciones, *Americans for Tax Fairness* y *The Institute for Policy Studies*, informaron, en diciembre de 2020, que la riqueza de los 651 multimillonarios de Estados Unidos aumentó en más de 1 billón de dólares desde el inicio de la pandemia. Eso significa que estos multimillonarios podrían firmar un cheque por \$ 3000 por cada uno de los 330 millones de estadounidenses y tener la misma riqueza que tenían al comienzo de la pandemia. La respuesta apropiada debería ser la indignación en lugar de ver esta riqueza como algo debido a los multimillonarios.

En tercer lugar, la meritocracia depende de la movilidad social, pero no hace nada sobre la desigualdad. Dice quien está arriba y quién está abajo, pero nada dice sobre las condiciones sociales adversas asociadas con estar deprimido. Realmente, es peor que eso. La meritocracia podría aumentar la desigualdad. La desigualdad de ingresos en Estados Unidos, Reino Unido y muchos otros países de ingresos altos, ha aumentado dramáticamente desde 1980 en adelante. Es parte de un cambio social general, escribe Sandel. "La pérdida de puestos de trabajo a causa de la tecnología y la subcontratación ha coincidido con una sensación de que la sociedad concede menos respeto al tipo de trabajo que hace la clase trabajadora. En la medida en que la actividad económica ha pasado de hacer cosas a administrar dinero, y la sociedad ha prodigado recompensas descomunales sobre los administradores de fondos de cobertura, los banqueros de Wall Street y las clases profesionales, la estima otorgada al trabajo en el sentido tradicional se ha vuelto frágil e incierta".

Esta erosión de la dignidad del trabajo y de la vida de la clase trabajadora, ha tenido mucho que ver con el aumento de "muertes por desesperación", el título del libro de Anne Case y Angus Deaton que explica el aumento de la mortalidad por envenenamiento, suicidio y alcohol en hombres y mujeres blancos en los Estados Unidos sin un título universitario de 4 años.

La crítica de la meritocracia no es una crítica de habilidades o logros. Como sociedad, queremos que los cirujanos tengan conocimientos, habilidades y formación. Los respetamos a ellos y a la mayoría de nosotros, no solo los cirujanos, creo que es razonable que a los cirujanos se les pague bien. Pero eso no constituye una justificación para tratar a los trabajadores de la atención social de adultos de manera espantosa. Estos trabajadores sanitarios pueden requerir formación menos formal que los cirujanos, tal vez sin título universitario, pero resulta indefendible que los políticos y los

empleadores no extiendan el respeto a los trabajadores de cuidados por el valioso trabajo que ellos hacen - la mitad de los trabajadores del cuidado social de adultos del Reino Unido ganan menos del salario mínimo vital y muchos son parte de la economía colaborativa.

La pandemia debería habernos enseñado estas lecciones. La COVID-19 nos ha mostrado lo que la sociedad adeuda no sólo a los profesionales de la salud de primera línea, sino también a los trabajadores del cuidado, del transporte, de los alimentos, recolectores de basura y tantos otros. Sin embargo, si la sociedad aparentemente le da tan poco valor las contribuciones de dichos trabajadores, no es de extrañar que debería llevar a sentimientos de humillación o resentimiento. Sandel tiene razón en preguntar que ha sido del bien común. Hacer las cosas de manera diferente implicaría crear las condiciones para llevar una vida digna para todos, no solo para las élites meritorias. Una mejor sociedad sería una que valorara las contribuciones de todas estas personas que mantienen la sociedad en marcha. Es por eso, que en el Instituto de Equidad en Salud de la UCL, dimos nuestro informe de diciembre de 2020 bajo el título, *Build Back Fairer*. La arrogancia y la humillación tuvieron consecuencias fatales, tanto para Julio César como para aquellos que se levantaron contra él.

Michael Marmot

m.marmot@ucl.ac.uk

Traducción

Bertha Luz Pineda Restrepo

Coordinadora Cambio Climático y su Impacto en Salud
Organismo Andino de Salud – Convenio Hipólito Unanue